



EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias 60.—Ap. 547—Teléfono 1843.

SUMARIO

- UN PEQUEÑO REPORTER**
Sección vermouth.
- MINGO REVULGO**
La leyenda de Villacorral.
- FERNANDO AMADO**
Error lamentable.
- FELIX RECIO**
Candor.
- JOSÉ MOREIRA**
Reconciliación.
- JACINTO CARMIN**
El perro.
- EL DOCTOR BOMBARDA**
Conejos y gazapos.
- TOVAR, CYRANO
Y DEMETRIO**
- Varios dibujos y retrato de
Mlle. Alessandra.

**5 cénts.****MLLE. ALESSANDRA**

Artista del teatro Romea; francesita, que tiene unos ojos
y una boca... ¡que Dios la bendiga, como nosotros!



HABRÁN ustedes observado que estamos absolutamente decididos á ser un pueblo fuerte y vigoroso. Queremos ser atletas.

De algún tiempo á esta parte, todo se vuelven deportes: el de valompie, el del alpinismo, el de las luchas...

El jersey es nuestro símbolo. Quien no posee un par de prendas de esas que ciñen el cuerpo, dan abrigo y no privan de agilidad, ni es persona europeizada, ni tiene gusto, ni está dentro de las corrientes modernas de educación física, cuya teoría consiste, como ustedes saben, en que los

hombres tengan músculos de hierro y miembros de acero, no como la mayoría que están á *cero* en eso de fuerza material. Pueblo que tiene los miembros vigorosos, es pueblo conquistador; eso no tiene duda de ningún género.

Mas, es el caso, que en esta borrachera deportiva, estamos llegando á extremos verdaderamente peligrosos. Las mujeres, y con razón á mi juicio, están bastante alarmadas y ya comienzan á quejarse, no de lo del vigor, antes al contrario, sino de que se están metiendo en sus terrenos: los de la estética de la figura.

Llevamos varios días que los periódicos están inaguantables, con tanta fotografía de tíos enormes, retratados casi en cueros, mostrándonos desnudeces que deben ser prohibidas.

Porque no hay razón para que la Moral se resienta, porque se publique el retrato de una mujer hermosa, con su poquito de *deshabillé*, y en cambio sea lícito, y hasta perfectamente natural, que nos muestren un luchador de esos sin más indumentaria que una piel de borrego á guisa de taparrabos.

Ya el verano pasado nos sirvieron á unos cuantos sujetos de esos, de todas las naciones y de todos los tipos, desde un rubicundo escocés hasta un repugnante negro de Abisinia, á los que los aficionados á esa clase de sports, iban á ver, como jadeantes y sudorosos, se desbarataban á mamporros, á la vez que enseñaban todo lo que Dios les dió.

Y se da el caso que es incontable el número de los señores que se escandalizan porque la Chelito, la Preciosilla ó la Solsona se desafían de mintirigillas, con el fundamental objeto de que se vea que la Naturaleza les ha dotado de buenas formas, y en cambio acuden ebrios de entusiasmo á extasiarse contemplando todas las interioridades de esos mastodontes.

Ahora, con motivo del campeonato internacional de luchas de Sumo japonés,



El señor Luis el poltero. ¡No, si eres una desgraciad! Desde que *tas* casao conmigo *ties* alhajas, *ties* abono de los toros, *ties* una pollería...

Ella.—Sí, una pollería sin existencias.



—Anda mamá, ¡lo que nos va a regañar el guarda por habérsenos olvidado la pelotal!

—¿Por qué, hija mía?

—Porque todas las tardes la chacha se la echa al cajón y el guarda en seguida se la tira.

han llegado a Madrid, además de los ya conocidos por nosotros, una cuadrilla de micos, hijos del Sol naciente, que ponen los pelos de punta por lo horrible de su figura y lo sencillo de su atavío. Se hacen la toilet con un par de confettis.

Yo, y como un servidor la casi totalidad de los vecinos de Madrid, vivía tan tranquilo sin saber qué era eso de la lucha del «Sumo». Conocía, sí, la lucha por la existencia, la lucha electoral, «lucha el marino» y el Paseo de Luchana; pero del *Sumo* ni una palabra, aparte del sumo placer, el sumo Pontífice y el impuesto de *con-sumo*.

Pero de repente nos sueltan por esas calles unos cuantos sujetos con moño, los ojos hechos con punzón, y un trapo atrás y otro delante, nos dicen que son unas fieras del sport japonés, y ya tenemos en zambra a los aficionados a ver desnudos masculinos, mucho más culinos de lo que fuera de desear.

La tal lucha consiste en hacer caer al contrario, dentro de un círculo que se fija, y allí aparece uno de esos hombres-osos,

alrededor del cual empieza a dar saltos y cabriolas una especie de chimpancé de la raza amarilla, hasta que a fuerza de movimientos rápidos consigue tirarle al suelo ó simplemente, que toque tierra con cualquier extremo de su cuerpo, excepto los pies.

El espectáculo será todo lo deportivo que quieran, pero a mí me resulta sencillamente repulsivo.

Otra cosa sería, si en vez de luchadores, fuesen luchadoras, y aunque éstas perteneciesen a la raza malaya, *malaya* lo que me importaría. Entonces y sólo entonces, tendría justificación lo de la falta de indumentaria. Además, en el arte de no dejarse caer, más que cuando les conviene, tenemos por acá una serie de luchadoras que les dejan en mantillas a esos fenómenos con taparrabos.

Sí, señores, a pesar de las prohibiciones



—¡Qué fatigada estoy y qué dolor de cabeza tan grande tengo! ¡Como que nos hemos pasado la noche haciendo números!

injustificadísimas de que el sexo femenino alterne en estos campeonatos públicos, hay muchas que son maestras consumadas en el torneo privado, y saben evolucionar alrededor del que con ellas lucha, hasta que a fuerza de movimientos rápidos le hacen caer, vencióndole en toda la línea.

Y éste, como antes dejo expuesto, es el secreto del *Sumo*.

Que en este caso; es el *Sumo gusto*.

Un pequeño reporter.

La leyenda de Villacorral

Villacorral es un pintoresco pueblecillo enclavado en la sierra de Gata. Además del aire puro y vivificador amén del delicioso olor á tomillo, romero y mejorana que por sus contornos se respira, tiene Villacorral



—¡Minino! ¿Qué es eso de tirarse á la amita?

una característica maravillosa: todas las muchachas son bonitas.

En Villacorral hay, además, el indispensable riachuelo con su buena cuarta de agua, la ermita de rigor, enclavada á las afueras del pueblo, al otro lado del río, y la inevitable leyenda.

Leyenda que, por cierto, no trata de brujas ni de aquelarres, ni habla de palacios encantados con princesitas rubias y gusanos saltarines. La leyenda de Villacorral es más sustanciosa.

Hay en el pueblo la costumbre de celebrar la noche de San Juan encendiendo las clásicas hogueras. Mozas y mozos pasan la noche danzando alegremente cabe las rojas flamas entonando canciones populares. Y luego, al amanecer, cuando los es-

tómagos están repletos de vino y los pechos preñados de deseo, mozos y mozas se dirigen á la ermita, cruzando el río.

La leyenda de Villacorral empieza aquí: En el riachuelo hay, á guisa de puente, una hilera de guijarros redondos, constantemente lamidos por las aguas y, como consecuencia de esto, escurridizos como si los hubieran frotado con jabón. Por ese puente han de cruzar, sin quitarse los zapatos de afilados tacones, las mozas solteras del pueblo; la que llega á la otra orilla sin escurrirse es, según la leyenda, casta y pura. La que, por el contrario, tiene la desgracia de dar un resbalón, es señal inequívoca de que, en su vida de soltera, ha cometido algún vituperable desliz.

¡Y es de ver como cruzan las mozas por el puente de guijarros, sofocadas por la pasada noche y temblando de miedo por si se les va un piel... Las que salen triunfantes de la prueba son recibidas por los mozos con aplausos y vítores; las que no guardan bien el equilibrio son objeto del escarnio y de la rechifla popular.

Yo estuve unos cuantos meses en Villacorral y tuyo ocasión de presenciar el paso de las mozas por el escurridizo puente.

Había en el pueblo un ama de cura, solterona, con sus cuarenta corridos, que abominaba de los hombres y se jactaba de haber despreciado á más de cien. Había también un sacristán tremendamente afeinado, que se vanagloriaba de despreciar



—¡Fíjate ¡qué le hará el novio con aquella bota que hace tantos esfuerzos y se pone tan colorado!

—Toma, ¡que se la está calzando!



- Si eres discreto, puedes venir todas las tardes.
 —No sé si podré todas las tardes porque estoy muy ocupado.
 —Pues es preciso que solo te ocupes conmigo.

á las mujeres, y pregonaba satisfecho que él en su vida había pensado en otra cosa que en tocar á misa. Ama y sacristán eran solteros; ni una ni otro querían nada con el otro sexo.

Estos dos tipos asistieron el año de referencia á las clásicas hogueras de San Juan. Ambos se divertieron á su modo, ella entre las mozas de su predilección, él entre los más tiernos y rubicundos mancebos del pueblo.

Y llegó el amanecer, apuntó el nuevo día y, con él, llegó el momento de rendir el anual tributo á la leyenda de Villacorral.

Los mozos se instalaron en ambas orillas del arroyuelo. Las mozas, jadeantes y ruborosas, se preparan á hacer equilibrios sobre los malditos guijarros para que no cupieran dudas sobre su castidad.

Pasó la primera y... resbaló; igual acontecí á la segunda, á la tercera y á la cuarta... El pitorreo iba *in crescendo*. ¡Oh, la virginal pureza de las mozas de Villacorral.

Cuando aun no habían pasado sin resbalar ninguna moza, le tocó el turno al ama del cura. De los doce guijarros que

pisó la recalcitrante soltera, resbaló en diez. La rechifla fué indescriptible.

Pero aún me quedaba algo más pintoresco que ver... ¡El paso del sacristán!

Entre la general chacota, y detrás de dos mozas que por casualidad no habían resbalado, el afeminado *sacris* puso el pie en el primer guijarro.

Un resbalón tremendo, definitivo, inició la serie de tropiezos y de carcajadas. El buen sacristán, pálido, tembloroso, resbaló en los doce guijarros de que se componía el puentecillo.

Y, cuando el sacristán llegó á la otra orilla, yo, desde la opuesta, salí corriendo en dirección del pueblo, dispuesto á abandonar á aquel mismo día, pues el endemoniado sacristán se había pasado la noche dirigiéndome miradas incendiarias...

Mingo Revulgo

LOS HOMBRES GORDOS



—Ya ves cómo todavía monto solo.

—Si, si, ya veremos luego cómo te arreglas para bajarte.

Error lamentable Ha subido al tranvía en que va el joven doctor Galíndez una mujer preciosa. Es decir, se supone que debe ser preciosa, porque, aún cuando su rostro va cubierto por un veloupidísimo aquella cara tiene indudable-



Ella.—Me pone usted una condición muy dura, marqués.

El.—Más dura me la pone usted á mí, duquesa.

mente que hacer juego con lo demás. Y lo demás es de primera.

El doctor Galíndez empieza el asedio con la delicadeza de un hombre distinguido.

—¡Qué perfume más agradable usa usted, señora.

La señora continúa como si no fuera nada con ella.

Pausa breve.

—Me parece que esta ventanilla abierta debe molestar á usted. Cerrémosla.

Galíndez levanta el cristal de la ventanilla. La señora continúa como si el viajero hablase con otra persona.

Pausa algo mayor.

—¿Va usted muy lejos de aquí?

Mutismo absoluto por parte de la dama.

En vista de ello y por temor al ridículo ante los demás viajeros, Galíndez no insiste. Se resigna ante el fracaso.

Pero, en un alto que hace el tranvía, la impasible señora se dispone á salir; pero antes desliza en las manos del doctor una tarjeta que dice así:

EVA LAYNER

Leganitos, 103.

Y después con lápiz: *Mañana á las diez.* Al día siguiente, Galíndez ufano, satisfecho, sube la escalera del número 407 de la calle Provenza á las diez en punto de la mañana.

Antes de llegar á la puerta primera del piso principal una doncella le dice:

—Pase, doctor; la señora le espera impaciente.

Galíndez es conducido á un gabinetito coquetón. Reclinada sobre una mecedora hay una encantadora mujer.

—¡Ah! ¿Por fin ha llegado usted?

Le ruego que me perdone si...

—No perdamos el tiempo.

—(¡Demonio!)



El.—Ya sabía yo que á la corta ó la larga...

Ella.—A la larga...

El.—Se hará lo que se pueda!



—Miguel es un hombre muy espléndido. Ayer e ponderé una sortija que llevaba, y en seguida me la puso en la mano.

—Estaba pidiendo á Dios que no tardara usted.

—¿Tantos deseos tenía usted de que llegase?

—¡Es claro! No le debe extrañar... Pero ya estoy contenta, porque usted será bueno conmigo. ¿No es verdad? Hará usted todo lo que pueda. ¿No es cierto?

—Todo lo que pueda, se lo aseguro.

Galíndez coge una de aquellas manecitas entre las suyas.

—¡Está usted febril!

—Sí; sufro, suiro mucho.

Galíndez sujetándola por la cintura y reclinándola sobre su pecho.

—¡Pobrecita, pobrecita mía!

—¿Qué hace usted, doctor?

—¡La adoro con toda mi alma!

—¡Caballero!

La dama se separa violentamente de Galíndez, gritando con energía:

—¡Adolfo! ¡Adolfo!

—Aquí me tienes—dice apareciendo en la puerta un caballero fornido y alto, que

viene acompañado de otro.—Aquí me tienes y aquí tienes al doctor.

—¡Ah! ¿Ese es el doctor? Entonces este hombre había venido á engañarme. ¡Miserable! ¡Ya me había dado un beso!

—¡Caballero; eso es una canallada! Aprovechase de los cólicos hepáticos de mi mujer para...

—¿Yo?

—Salga usted inmediatamente de aquí.

—Y á puñetazos, empujones y puntapiés hizo el marido salir á Galíndez á la escalera.

Ya en el portal, el joven doctor, que aún no se ha explicado lo ocurrido, llama á la portera.

—Diga portera; la ¿señorita Eva Layner?

—Piso principal, segunda puerta.

Fernando Amado.

EXTRAVAGANCIA CHINA

Rifa de una mujer

El diario conservador *A B C*, como mostrando una novedad extraordinaria, publicó, con este mismo título, el otro día el siguiente telegrama:

«Londres 10, 3 tarde. El hambre, que tantos extragos hace en Ouen-Tchao, ha sugerido á una bellissima joven china, cuyo padre es magistrado en Kiang-Tse; una idea que revela una gran abnegación y que, además, tiene indiscutible originalidad.

Profundamente contristada por los sufrimientos de su pueblo, la mencionada señorita ha hallado el siguiente medio de socorrer á las innumerables familias que sufren los rigores del hambre.

Ha organizado una lotería cuyos billetes serán 30.000 al precio de cinco francos, y cuyo premio único será la mano de la generosa organizadora.

El afortunado en el sorteo, que se verificará en Shan-Ghay, podrá cualquiera que sea su origen y su condición social, recoger el valioso premio de esa señorita, bella, perfectamente educada y con una buena dote además.»

No es en España, ciertamente, una novedad. Nuestra bella amiga, la gentil peruana, ofrece lo mismo, y mucho más generosamente ya que dá gratis esas «participaciones» que la señorita china del telegrama cobra á cinco francos.

Candor Pepita, una niña de diez y seis años, va á pasar unos meses en el campo en casa de su madrina.

Su buena madre, al despedirse de ella, le intenta hacer algunas advertencias.

—No te fíes de los hombres—le dice.

—No tenga usted cuidado, mamá; ya sé



—Pues señor, ¡no he hecho un gran negocio que cigamos! Vine de París creyendo que traía un género nuevo y me encuentro con que aquí casi todas son unas sanguijuelas.

que hay algunos que son ladrones y serían capaces de robarme el portamonedas.

Al ver lo inocente que es Pepita, su madre no se atreve á entrar en más explicaciones, y sólo añade:

—No te fíes de los hombres, de ningún hombre.

Pasa algún tiempo, aunque no todo el que había de estar en el campo Pepita, y se presenta ésta en su casa triste, llorosa, acogojada.

Su madre le hace mil preguntas sin obtener más contestación que amargos sollozos.

Pero, á los pocos días, los hechos contestan por Pepita. La pobre niña comienza á sentirse mal...

—¿Quién ha sido el miserable?...—grita la madre.

—No lo sé.

Y Pepita llora amargamente.

Tras muchos esfuerzos y muchos mimos la madre consigue que Pepita explique lo ocurrido.

—Una noche me acosté como todas, me dormí y poco después noté que alguien estaba conmigo. Fuí á gritar y no pude. Además aquella otra persona me dijo que no me asustara, que me quería bien y que me lo iba á demostrar. Yo le pregunté que si era un hombre, porque á los hombres les tenía mucho miedo y me aseguró que no. Como no tenía ni bigote ni barba, yo le creí. Además, me dijo que en su país las mujeres... no estaban hechas como yo...

—¡Ah, Dios mío, Dios mío! Pero ¿cómo fuiste tan estúpida?

—Por la mañana ya ví que me había engañado.

—¿Por fin comprendiste que era un hombre?

—Sí; lo comprendí cuando le vi ponerse los pantalones.

Félix Recio



El baturro.—Señorita, ¿cómo se llama usted?

La niña.—¿Yo? Elvirita de San Juan. ¿Y usted?

El baturro.—¡Rediez! Yo, Elvirote de San Pedro.

Reconciliación La escena se desarrolla en el coquetón gabinetito de Luisa. Un banquero que la visita á diario acaba de llegar.

—¿Y puede saberse, Luisa mía, á qué obedece la frialdad que noto en tí hace algunos días?—la dice preocupado.

—¿No sabes cuántos?

—A punto fijo, no.

—Yo te lo recordaré. Tantos como van desde el día de mi santo. O si lo quieres más claro, tantos como van desde que te mostraste tan tacaño conmigo.

—Te envié una preciosa bombonera modernista.

—Que yo regalé enseñada á mi doncella.

—¿Bombones y todo?

—Todo... Todo... me nos la tarjeta que venía dentro, aquella tarjeta con tu nombre y tu dirección y en la que me enviabas mil besos. Si tu mujer viese esa tarjeta... ¡cómo se pondría! Cuando yo encontré la tarjeta comprendí que aquel era el verdadero regalo.

—¿Por qué?

—Porque tú me darás por ella mil pesetas para que no llegue á manos de tu esposa...

—No digas tonterías.

—Hablo en serio. Si no me das mil pesetas se la envío á la señora de Villapisuerga, calle de Serrano, núm. 85.

—Eso es un *chantage*.

—Después de tres meses que tú me visitas á diario, creo no tiene nada de extraño que...

—Haz lo que quieras. De mí no sacarás un perro chico.

—Está bien.

Luisa, con aire decidido, mete la tarjeta en un sobre, escribe la dirección y llama á la doncella.

—Juana: tome usted esta tarjeta. Si dentro de cinco minutos no la he llamado, llévala donde el sobre indica. No hay que esperar contestación.

Y, luego, dirigiéndose al banquero, añade:

—Ahora, amigo mío, dispones de cinco minutos.

—En los cuales se pueden hacer muchas cosas muy agradables—responde él sonriendo.—Permíteme que de los cuatro minutos que me quedan pase tres en tus brazos.

Coge por la cintura á Luisa, ésta no opone resistencia alguna, y los dos desaparecen.

Los cinco minutos se prolongan hasta más de media hora.

El mira el reloj y dice pausadamente:

—Han pasado treinta y cinco minutos.

Luisa sobresaltada:



La pedicura.—¿Es verdad lo que me han dicho, señora marquesa?

La marquesa.—Según lo que sea.

La pedicura.—Que se va usted á hacer coupletista.

La marquesa.—Verdad es; tengo que abrirme un camino en el campo del Arte.

La pedicura.—¡Pues más abierto que lo tiene la señora marquesa!...

—¡Y Juana se habrá marchado!

—Déjala. ¿Qué más da?

—Pero, ¿qué dirá tu mujer?

—Absolutamente nada.

—¡Cómo! ¿Y cuando lea aquello de los mil besos?...

—Escucha. ¿Me creías tan inocente que hubiera dejado caer en tus manos una tarjeta con mi nombre y mi dirección? La tarjeta que llevó Juana es de un amigo mío soltero, que la convidará y quizás la tenga allí un rato.

José Moreira.

El perro Un joven de treinta años llegó á Vichy, hace algún tiempo, llevando un perrito llamado Bibí; un perrillo microscópico, del tamaño de un gato recién nacido, con las orejillas muy derechas y una manchita negra en el



Ella.—Mira, á mí me llega la camisa hasta aquí.
El.—Pues á mí me da por la corva.

hocico, y alegre, turbulento y ladrador. Bibí pesaba ciento diez gramos.

Por aquellos tiempos llegó también á Vichy una americana, Mis Holda, acompañada de su prima Eugenia, y una tarde las dos jóvenes se detuvieron admiradas delante del perrito.

—O boy! O my dog, darling!...—exclamó la yanki: y, llena de admiración, extendió la mano hacia Bibí.

—¿Es de usted ese juguetillo, caballero?—preguntó.

—Sí, señorita.

—¡Ah! ¿Me permite usted que lo acaricie?

—Con muchísimo gusto.

Y el caballero colocó á Bibí entre las manos de la joven, que durante un buen rato estuvo halagándole y cubriéndole de besos. Luego preguntó:

—¿Qué edad tiene?

—Cerca de dos años.

—¿Está bien educado?

—Perfectamente.

—¿Tiene buen carácter?

—Encantador, cariñoso y fiel.

—¿Dónde duerme?

—Sobre un sillón, entre unos almohadones, á los pies de mi cama.

—¿Y si oye ruido?

—Se pone á ladrar como un perro de presa.

Bibí, muy contento, empezó á lamer las manos de Holda.

—¡Qué simpático es!—exclamó ella. Y añadió:

—¡Caballero!

¿Señorita?

—¿Quiere usted venderme este perro?

El joven se echó á reír.

—Señorita—dijo,—no soy tratante en perros.

Las mejillas de Holda se arrebolaron.

—Entonces... adiós, Bibí...

Y se alejó del brazo del Eugenia, lanzando un suspiro profundo.

Aquella misma noche un criado con librea se presentó en el hotel que hospeda-

UNA INCONVENIENCIA



Ella.—¡Vamos, que me da mucha vergüenza desnudarme del todo!

El.—Mujer, siendo viuda...

Ella.—Oye, ¿es que las viudas no tenemos vergüenza?



Demetrio

Una.—Mira, mira, están sobre un montón de paja.

La otra.—No es paja, es leña; la paja es en la otra lámina

ba á Eduardo X., el afortunado dueño de Bibi.

—Caballero—dijo el lacayo,—Mis Holda me ha encargado que le ofrezca á usted diez mil dollars por el perriño.

—Amigo mío—repuso Eduardo,—dígame usted á su ama que nunca seré capaz de separarme de Bibi.

A la mañana siguiente la americana recorría el parque buscando con los ojos el jugueteillo viviente de que estaba enamorada. Eduardo se hallaba sentado en un banco, fumando un cigarrillo. Holda le saludó ligeramente con la cabeza, y sin más preámbulos se puso á acariciar á Bibi que estaba echado sobre las rodillas de su dueño.

—Caballero—dijo la joven con acento cariñoso:—¿le gustan á usted los perros?

—Mucho, señorita y Bibi es para mí una especie de reliquia. El perro siempre fué el compañero del hombre y ha influido eficazmente en la formación de las sociedades. Cuando el hombre andaba desnudo, sin armas, indefenso, durmiendo en los

huecos de las peñas, seguramente hubiera sido pasto de las fieras sin la ayuda del perro, su fiel aliado, que le advertía la proximidad de los peligros. El perro es un tráfugo que abandonó á nuestros enemigos para ayudarnos á erigirnos en jefes del mundo animado.

Holda, que había escuchado muy atentamente la breve reseña histórica bosquejada por Eduardo, levantó la cabeza y preguntó bruscamente:

—Caballero, ¿es usted rico?

—Tengo lo necesario para vivir agradablemente—repuso Eduardo sonriendo.

—Pero... ¿qué rentas?

—Treinta mil francos, aproximadamente. Holda hizo una mueca desdeñosa.

—¡Oh!—murmuró;—yo tengo cuatro-



Demetrio

—¡Ayl! si ahora se convirtiese en realidad la burredada que me dijo aquel señor del tranvial

cientos mil... y un tío que ponee minas en Pensilvania y que, al morir, me dejará otro tanto.

—Mejor para usted, señorita.

—Pero yo necesiio el perrito de usted.

—Siento mucho no poder satisfacer su deseo; pero no quiero separarme de él.

Holda fijó en Eduardo sus ojos de un



La mamá.—¡Infame, nos ha fastidiado usted!
El novio.—No pluralice usted, señora, que con usted no va nada.

azul profundo y preguntó con acento grave y seguro:

—¿Cómo me encuentra usted?

—Encantadora.

Y á Bibí debió parecerle lo mismo, porque empezó á mover la cola en señal de alegría.

—¿Es usted casado?

—No.

—¡Pues, entonces!... Cásese usted conmigo; el perrillo será nuestro...

Y agregó sonriendo maliciosamente:

—Dormirá al pie de nuestro lecho.

Aquel noviazgo duró poco: Eduardo no pudo resistir mucho tiempo á las seducciones de Holda, y Bibí fué testigo de la boda.

¿Qué le parece á usted?—me preguntó el doctor X. cuando concluyó de referir este lance original.

—Creo—repuse,— que serán felices mientras viva Bibí.

—Pues esto ocurrió—añadió el doctor,— hace ya cinco ó seis años... Pocos matrimonios habrán logrado ser dichosos durante tanto tiempo.

Jacinto Carmín

Biblioteca Regional de Madrid

Sucedidos... Susana, la linda trigueña de los ojos de esmeralda y el lunar bajo el labio inferior, dirigióse el sábado último á París en el sudexpreso en compañía de un protector de su particular estimación.

La casualidad, que es la providencia de los enamorados, hizo que encontrase en el tren á uno de los amigos á quienes más locamente adoró hace tiempo y al que todavía quiere.

Llegada la hora de dormir, ayudó maternalmente á su protector á desnudarse, instalándolo en el lecho de arriba, y cuando le vió dormido, retiró el escabel y corrió á los brazos de su bien amado.

Durante su ausencia despertó el viejo, y no viendo el escabel pensó que Susana dormía en su cama y no se atrevió á descender. Poco después volvió á dormirse.

Algunas horas después regresó Susana á su compartimiento á tiempo que el viejo volvía á despertarse.

—Susana, Susanita—dijo con voz alta;— te llamé antes y no me respondiste. ¿Estabas dormida?]

—Profundamente—contestó Susana disponiéndose á recuperar el sueño perdido.

LAS SOLTERONAS



Una.—Mira con disimulo para tu derecha.
La otra.—¡Quién la pillara!

✧ **Conejos y gazapos** Un joven diario de la noche, donosamente primero, y con acentos de indignación después, la emprende con la maravillosa empresaria del Salón Madrid,

LA GUERRA DE LOS BALKANES



—Chica, ¿has visto? ya se ha rendido Janina.
—Qué poca resistencia...
—Mujer, ¡es que le ha atacado por la retaguardia!

con motivo de una rifa que desde hace tiempo viene efectuándose en el citado local de espectáculos, palabra jamás usada con mayor propiedad, porque ¡cuidado si allí se dan á diario espectáculos!

Nosotros también estamos un tanto resentidos, porque ¡la verdad! se han adaptado una felicísima idea de los chicos de LA HOJA DE PARRA, y no nos han pagado los derechos correspondientes, ó lo que es lo mismo, nos han confundido con una opereta austriaca.

En nuestro famosísimo baile, que hizo gemir á todas las prensas, rifamos pública y solemnemente dos magníficos conejos,

amén, de otros interesantísimos premios, desde la jugosa lengua á la escarlata al sabrosísimo pilón de azúcar.

Eran dos conejos preciosos, auténticos, vivitos y coleando, sin eufemismos ni doble sentido alguno. ¡La de caricias que les hicieron centenares de admiradores! Y es que en realidad eran dos ejemplares lindísimos, con su pelito abundante y sedoso, su epidermis suave y tibia, y su boquita sonrosada, entreabierta, la mar de provocativa.

Público fué el anuncio, público el sorteo y pública la adjudicación. Nosotros somos así; hombres completamente públicos, como los guardias del Orden. Por eso, en justa correspondencia, nos son tan simpáticas las señoras públicas.

Aquellos dos conejos eran completamente nuevos. Nadie los había usado ¡palabra de honor!; desde la madriguera al baño (porque eso sí, esos animalitos deben de estar, ante todo, muy limpios) y desde el baño á la rifa.

Pues bien; fuimos vilmente copiados, y decimos vilmente, porque en la copia se falseó nuestra sana y moralísima intención.

Parece ser, ¡y esto es lo que más nos encoleriza!, que en el Salón de referencia hay también rifa de conejos, pero ni su pelo es tan sedoso y abundante, ni su epidermis



El.—Sería para mí un placer de dioses si aceptase usted este ramillete.

Ella.—¿Todo para mí?

El.—Si le parece mucho acépteme usted el capullo del centro.

tan suave y tibia, ni están tan limpios como los que tuvimos la satisfacción de sortear entre nuestros amigos, sin necesidad de acudir á los cupones. ¡Y eso que para cupones, nosotros!

Además, aquí los oirecemos tiernos y virginales, y en el Salón de referencia, hace



El.—¡Vamos deprisa, nenita, que quiero llegar pronto á casa!

Ella.—¿Sí? ¿Para que estemos solitos, riquín?

El.—No; para quitarme las botas que me aprietan.

mucho tiempo que no se ve un estreno. Todos son refritos y composturas.

En fin, que una vez más se confirma aquello de que nunca segundas partes fueron buenas. Y lo que es esas partes hace mucho tiempo que no tienen nada de buenas, y no es que lo digamos por esperanza.

Conste, pues, que ahora que un colega diario ha sacado á colación ese asunto, más ó menos peliagudo, es cuando esteiorizamos nuestra protesta.

Y bueno es que se sepa que aquellos co-
nejos de LA HOJA DE PARRA, no les tocan
nada á los conejos del Salón Madrid.

¡Aún hay clases!

El Doctor Bombarda.

Laura la caprichosa

Laura recibe á don Roque
sin duda de mala gana.

Y está muy justificado
este malhumor de Laura
porque don Roque es un viejo
y feo por más desgracia.

Tarda don Roque en salir
y cuando, por fin, se marcha,
Laura no muestra disgusto
si es que de él se le habla.
¿Qué mérito tendrá el viejo?
¿Qué virtud el viejo guarda?

Las dos amigas, por fin,
de aquella visita hablan
y resulta que don Roque
en su vida, ya algo larga,
ha aprendido muchas cosas
que han hecho feliz á Laura.

Los años dan la experiencia
y la experiencia es muy sabia.
¿Que don Roque es viejo feo?
¿Y qué importa? Para Laura
vale más que muchos jóvenes
de la primera volada,
que no tienen experiencia
y que están faltos de práctica.

Roque de Lara

UN LIBRO DE PÉREZ ZÚÑIGA

Nuestro ilustre amigo, el saladísimo Pérez Zúñiga, maestro de los escritores festivos del día, ha publicado recientemente un libro digno de su obra y de su fama.

Se titula *Amores célebres, puestos en solfa*, y todo, delicado en él, de un gusto que no puede ofender á nadie, es picaresco y es gracioso hasta hacer desternillar de risa.

Zúñigueta, el hijo del maestro Pérez Zúñiga, que es un excelente dibujante, ha puesto las ilustraciones, dignas de la prosa de su padre.

Véase el número anterior de LA HOJA DE PARRA

Como ofrecimos en nuestro número anterior, publicamos en el presente el primer cupón para nuestro Concurso.

Y al agradecer su interés á cuantos nos preguntan por la hermosísima peruana que es alma de él, nos complacemos en manifestar, porque ella nos lo encarga, que está encantada de Madrid y de los madrileños, y deseando conocer el resultado de nuestro Concurso, porque pendiente de él, hasta conocer su resultado, su honor no la permite decidir sobre su suerte, ni su residencia siquiera...



«ELLA» EN EL DESPACHO DEL DIRECTOR.—Seguirán otros retratos..

¿Por

Si con el DEPURATI
PLETAMENTE INOPE
raréis en media docena

SIFILIS,

don la mas rebelde, en cual-
quiera de sus tres periodos, el

**Reuma, Artritisimo,
Intestinos, Escrófulas,
Estómago, Gota**

y en general, todas las enfermedades de la SANGRE IN-
FECTA y VICIADA.

Si sufrís es porque queréis, pues la curación es RADI-
CAL y GARANTIDA.

De venta en todas las buenas farmacias y en el depó-
sito general, calle de la MONTERA, número 4. á 7 pe-
setas frasco.

CONSULTAS GRATIS